

Lucio no está

“Soy yo, Lucio no aparece. Acabo de recibir un mensaje de Mariana, salió ayer al medio día y no volvió. ¿Qué hacemos?... con estas palabras en tono desesperado me despertó el teléfono a las tres de la madrugada ese domingo que arrojaría a toda la familia a un profundo pozo... Pensé que era un sueño, mejor dicho, una pesadilla. Me incorporé poco a poco hasta sentarme recargada en la cabecera de la cama. Tía, ya me desperté bien. ¿Cómo que no saben en dónde está mi tío Lucio? -pregunté en medio de un temblor en todo mi cuerpo, que no lograba controlar.

No sé exactamente qué pasó, solo sé que salió de su casa alrededor de la una de la tarde y al ver que no llegaba ya en la noche, Irene les llamó a los muchachos para avisarles que su papá no regresaba. Le han estado marcando toda la tarde y noche al celular, pero siempre entra el buzón y no responde los mensajes de texto que le han enviado, -fue la narrativa que yo escuchaba al tiempo que veía el rostro de mi tío Lucio, de 75 años, con su lento caminar y sonrisa afable siempre. Ese hombre solidario con mi madre. Un regalo para mi hermano y para mí cada día de Reyes. Visitas cada ocho días de él y mi tía, llegando con comida y compartiendo su tiempo con nosotros, siempre como una muestra de apoyo a mi mamá. Yo diría que siempre mostrando su admiración hacia ella. Sin duda creo que es el cuñado preferido de mi mamá.

Al colgar la llamada, inmediatamente sonó el aviso en el grupo de la familia que mostraba la alerta de desaparición de mi tío Lucio. Comencé a llorar cuando la vi. No podía creer que, en esta ocasión, estaría difundiendo en mis redes sociales una alerta de una persona desaparecida, miembro de mi familia. Dios, ¡Es indescriptible la sensación que se tiene al ver una imagen así! Todos los sentimientos se tropiezan al mismo tiempo en el corazón. Miedo, tristeza, desesperación, enojo. Todo se revolvía en mi corazón. Inmediatamente comencé a difundirla en mis redes sociales. Pensé en mi tía Irene, cómo se sentiría en esos momentos. Mi tía consentida como suelo decirle cuando hablamos por teléfono, nos mensajeamos o nos vemos. Decidí llamarle para decirle que ahí estaba yo, con ella y con mis primos, para ayudarle en todo lo que yo pudiera y para decirle que no estaba sola en esos momentos. Tía, te llamo para decirte que estoy aquí, que estoy con ustedes y que los apoyaré en todo lo que se pueda, no estás sola, no están solos. No quiero ser inoportuna, pero hay que pensar en todo lo que pudiera darnos pistas para buscar a mi tío. “Pues es que no sé...yo me metí a bañar y cuando salí no estaba. Pensé que por la hora habría ido a las tortillas, pero luego vi que tardaba, la tortillería está en la esquina. Entonces le marqué y entró luego luego el buzón, luego le mandé un mensaje y no contestó. Y como luego así hace, que se va a algún lado y no avisa sino hasta que llega, pensé que se había ido a algún otro lado, pero ya que vi que no llegaba y no contestaba el teléfono pues ya vi que algo pasaba. Ay, no sé, no sé”...Fueron las palabras que tensamente salían de voz de mi tía. Una voz entrecortada, con tono de desesperación. ¡Qué ganas tenía de estar ahí y abrazarla fuerte!

Comenzó la taquicardia al colgar con ella. El grupo de familia en WhatsApp comenzaba a sonar más seguido con los mensajes de todos, “ya compartí la alerta”, “recemos por él, que esté bien”, “qué puedo hacer”, “qué se necesita”. Así recibimos la luz del día, en medio de mensajes de apoyo para mis primos, mi prima y mi tía.

Mi tía Lucia se convirtió en el enlace entre los familiares y mi tía Irene y su familia, para saber los avances y las acciones que se estaban tomando y para decirles de nuestra parte las ideas, sugerencias, apoyos que podíamos dar. Así nos enteramos que ya habían puestos letreros impresos alrededor de su domicilio. Mi tío José, el hermano más chico de mi mamá (de 55 años...) se fue a casa de mi tía Irene para ayudarles a revisar las cámaras de vigilancia de la unidad habitacional en donde viven, para hablar con los vecinos, para acompañar a mi tía mientras mi prima y mis primos salían a hacer rondines alrededor de su domicilio.

“El geolocalizador se activará hasta mañana” fue el mensaje al medio día. “Urge tener un registro de las últimas llamadas de su celular” se dijo en el grupo. Mandaron la foto de la denuncia para que pudiéramos dividirnos e ir a varios centros de atención a clientes de la empresa del servicio de telefonía celular. Yo fui al más cercano a donde vivo. Llegamos mi hija y yo una hora antes de que cerraran, había gente haciendo fila. Una fila que parecía más larga de lo que en realidad era, debido a la sana distancia. Me acerqué a la persona que daba las instrucciones del horario de atención, para decirle que yo estaba en medio de una emergencia familiar y cuando le expliqué lo que necesitaba, no podía dar crédito al nivel de su respuesta. “Tiene que venir el titular de la línea para darle el registro de las llamadas”. Yo quería empujar a ese hombre, sacar todo el enojo y miedo que tenía acumulado ya para esa hora. ¿Se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Se está escuchando? ¡Le acabo de decir que el titular de la cuenta está desaparecido! Y que justamente para poder buscarlo necesitamos este registro. Aquí tengo copia de la denuncia y de la alerta para que vea que lamentablemente es verdad. “La entiendo, yo sigo nuestros protocolos. Le creo y quiero ayudarla, así que lo que puede hacer es venir mañana día hábil con esos documentos impresos y pasar al área jurídica del corporativo para que ahí exponga su caso. Si quiere, puede pasar con la supervisora en turno para ver si ella tiene otra opción, que no creo”. Comencé a llorar de coraje, de frustración, no podía creer que ante este tipo de cosas se responda a ese nivel por parte de una gran empresa.

Pasé con la supervisora y expuse la emergencia. Esta joven mostró un poco más de empatía que su compañero. “Deme el número por favor”. Después de unos minutos me dijo: “lamentablemente no podemos ayudarla porque esa línea se activa con tarjeta de pre pago y por eso, es necesario que el área jurídica autorice entrar al sistema de otra forma a la que yo puedo, para que se genere un historial de llamadas y mensajes de este número. De verdad lo siento mucho. Venga mañana al área jurídica”.

Reporté a la familia la situación. Otros primos y primas hacían lo mismo vía telefónica en otros centros de atención, obteniendo respuestas similares. Para la tarde ya sabíamos que se había contactado a familiares que viven en el estado de Oaxaca sin ninguna noticia favorable. El tío Lucio no estaba allá. Le marqué a mi tía Lucia para ver si tenía más detalles. “De su grupo de amigos, ya solo hay dos personas vivas y no saben de él desde hace días”. Recordé que mi tío es voluntario en una fundación que apoya a niños y niñas con discapacidad. Le mandé un mensaje a mi prima Mariana para preguntarle si ya habían dado aviso y si habían pedido apoyo ya. Me respondió con una captura de pantalla de un mensaje por Facebook en donde le decían que lamentaban la situación y publicarían la alerta. Así terminó ese día, sin noticias, sin alguna señal que diera esperanza.

Esa noche pensé todas las posibilidades. Y si le dieron un diagnóstico malo de su salud y no quiso que su familia lo supiera y se fue. ¡Un asilo entonces, hay que llamar a los asilos de la zona! Y si a estas alturas se enterarán sus hijos y mi tía de que tiene otra familia. No, esa posibilidad la veo lejana, mi tío es un hombre honesto, no creo que hiciera algo así. Y si tiene problemas de memoria y ni sus hijos ni mi tía lo han notado. ¡No, que no sea eso!

Me urgía que amaneciera para poder hablar sobre estas conjeturas con mi tía Lucía. En cuanto amaneció le marqué. “Si, ya le dije a Irene. Dice que otra familia no cree. Ya revisaron sus papeles del IMSS y no hay nada raro (claro, si fuera algo de salud no dejaría evidencia...) pero...no están sus medicinas ni su suéter preferido. Uno de los vecinos dijo haberlo visto salir y llevaba una bolsa con algo”. De alguna manera, llegó un poco de calma a mi corazón. Mi tío no está enfermo de algo grave. Si no está reportado en ningún hospital ni en el semefo, está vivo y está bien. ¡Alguien lo ayudó!

Tía, entonces alguien ayudó a mi tío. Está con alguien de confianza. Si ya checaron que está su tarjeta de débito y la de apoyo social, entonces sabía que no necesitaba tanto dinero. Tal vez solo para el transporte. Si se llevó su medicina, está en un lugar en donde le darán ropa, se podrá bañar y comer. ¡Alguien de la fundación le ayudó! En ese momento recordé las veces que me ha platicado sobre su experiencia como voluntario, que le da energía, vida, sentido a su vida, que le alegra ver la mejoría de los niños o niñas, que le gusta ayudar a las terapistas. ¡Claro! Si por algo quería dejar su casa, no se lo diría a un familiar, se lo diría a un amigo. Mi tía no estaba tan convencida de mi teoría, pero estuvo de acuerdo en que yo contactara a la fundación y pedir más apoyo. Revisar su expediente, ver si ahí había algún dato que no fuera de familiares, checar con quienes suele platicar más, si saben de alguna amistad. Así fue que mi hija y yo nos dimos a la tarea esa tarde de contactar a la fundación. Me respondió la coordinadora de voluntariado, me informó que mi primo Hugo ya estaba en contacto con ella y que ya estaban difundiendo la alerta en sus redes. Yo le pedí que también la difundieran en los noticieros de la empresa a la que pertenece la fundación.

Mi prima Mariana recordó que hace un tiempo la fundación le hizo un reconocimiento a mi tío en Facebook, me pidió insertar la alerta en esa publicación. La buscamos mi hija y yo y comenzamos a subir la alerta en cada comentario que había en esa publicación. Al ver que había comentarios como “es una buena persona don Lucio”, eso me dio mucha esperanza porque pensé que, si lo conocían en persona, pasarían rápido la voz y se enteraría de que lo buscábamos su familia y sus familiares, con toda desesperación.

Una noche más en la incertidumbre. “El geolocalizador reportó el teléfono a la altura de Toluca alrededor de las diez de la mañana” -reportaron en el grupo familiar al medio día. Por la tarde, un aire de confianza me llegó al leer “para las seis de la tarde aproximadamente ubicaron el teléfono cerca de Vallejo”. ¡Viene de regreso! Fue lo primero que me vino a la mente y quise confiar en ese presentimiento. Comencé a hablar a los asilos cercanos a su domicilio y a pedir difusión de la alerta en INAPAM. Llegó la noche, no hubo más reportes que las dos posibles localizaciones. Durante la tarde me recomendaron a una persona experta en acompañar a familias con algún integrante extraviado o desaparecido. Reportando esta alternativa con mi tía Lucía, acordamos que al día siguiente le contactaríamos para pedir apoyo.

Llegó otra mañana. El grupo familiar sin ninguna novedad. Necesitaba atender algunos temas del trabajo y al terminar, estaba buscando en los mensajes el número del experto para comunicarme con él, cuando llega el mejor mensaje que he recibido al día de hoy: “apareció mi papá”. El impulso del agradecimiento me hizo brincar de la silla, dar gracias a Dios y todo el mundo espiritual por el apoyo brindado. La sensación es de verdad la de sentir que algo te sale del cuerpo y te deja agotada, pero es un agotamiento satisfactorio. Comenzaron nuevamente los mensajes de “cómo está”. Supimos que estaba bien y rumbo a su casa. Esa noche, no me cansé de agradecer y pensé mucho en todas aquellas personas que siguen buscando a sus familiares. Que llevan días, semanas, meses o años... entendí a través de esta lamentable experiencia, la importancia de replicar las alertas en redes sociales, pues cuando ves que se ha replicado decenas de veces, te llega una estela de esperanza. No minimicemos la difusión de este tipo de avisos, genera un poco de luz en medio de esa terrible oscuridad que se vive al fondo de ese pozo que a veces, llegas a creer que seguirás bajando aún más a pesar de sentir el agua rozando tu nariz...

Solidaricémonos con las familias que están en procesos de búsqueda de sus familiares. Respetemos sus publicaciones en redes sociales y apoyemos en su difusión. Pidamos todos los días porque quienes siguen fuera de casa, se encuentren sanos/as y salvos/as y que cada día haya más familias que celebren su regreso. Pido también porque haya cambios de fondo en las estructuras de colaboración con la justicia para que estas grandes empresas dueñas de la comunicación celular, tengan otros “protocolos” para ayudar en estos casos.